

Yo también fui un ángel

Vallay Ramos Smith

M^a Carmen Ramos



Capítulo 1

Muestra de historia original.

Prohibido cualquier tipo de copia, adaptación, plagio o uso que implique beneficios propios.

Todos los derechos reservados (historia y portada).

Capítulo 2

Prólogo

El olor acre mezclado con el del azufre impregnaban el ambiente haciendo que me ardieran las fosas nasales cada vez que inspiraba.

El dolor punzante que sentía en la herida del costado y la falta de oxígeno comenzaban a embotarme la mente. Mis músculos estaban cansados y doloridos, incapaces de levantar la lanza otra vez, ni tan siquiera de mantenerme en pie.

Ante aquella situación, me había visto obligado a buscar un refugio donde resguardarme momentáneamente de la cruel batalla que tenía lugar a apenas unos metros de mi posición, por lo menos hasta que recuperara algo de fuerza.

Completamente agotado, me deslicé de espaldas contra la columna tras la que me había resguardado y acabé sentándome en el suelo. Sentía la respiración trabajosa a causa del polvo, las cenizas y la propia herida, mi corazón latía desbocado y un dolor palpitante en la cabeza me impedía pensar con claridad. Solo un recuerdo acudió a mi mente en aquel oscuro instante, un recuerdo que brillaba entre las tinieblas de mi mente del mismo modo en que un día lo hice yo, un recuerdo tan lejano que casi me pareció una mera invención.

"Preparaba a Miguel para presentarse por primera vez desde que la vida surgiera en él ante el Creador Supremo.

Al joven ángel se le notaba nervioso; mal se le daba ocultarme sus emociones después de tanto tiempo bajo mi cuidado.

—Ya sabes, este momento es muy importante, por favor, hazlo bien.—Le advertí al percatarme de que daba una profunda inhalación, señal de que trataba por todos los medios de mantener bajo su control los nervios que amenazaban con aflorar de nuevo.

El ángel se volvió entonces para mirarme, y en su rostro de rasgos todavía infantiles pude apreciar que mis palabras no habían hecho más que empeorar su situación.

—Estoy muy nervioso. —Me confesó innecesariamente.

Lo miré a sus ojos color azul verdoso y esboqué una ligera sonrisa. En

verdad, lo comprendía a la perfección.

—Pues no debes estarlo. —Repuse. —Estás más que preparado. —Le aseguré a continuación.

Él asintió, aunque era evidente que no estaba muy convencido.

—¿Tú estabas nervioso también?—Me preguntó de repente, tras un breve silencio.

—Lo mío fue diferente, Miguel.

—Se me va a olvidar lo que tengo que decir. —Aseguré alarmado a la vez que se llevaba las manos a ambos lados del rostro.

—Miguel, no, eso sí que no. Si quieres conseguir el puesto no puedes dejarte llevar por los nervios. Piénsalo, ¿no quieres llegar a arcángel, tener tu propia legión, ser tú quien dé las órdenes?

Para mi sorpresa, cuando me miró no vi interés alguno reflejado en sus ojos ante los objetivos que acababa de enumerarle.

—Si te soy sincero, no tengo demasiado interés en llegar a arcángel. Prefiero quedarme en Ter'khes, contigo, formar parte de tu legión.

—Contestó, y mientras hablaba, vi que su mirada se iluminaba con la ilusión que le había faltado antes.

Suspiré levemente y negué con la cabeza, pero no pude evitar brindarle una ligera sonrisa.

—Eso estaría bien. —Admití.

Fijó sus ojos en mí, reflejando cierta esperanza.

—Yo no quiero dar órdenes.—Me aseguró.

Le sonreí de nuevo, en esta ocasión plenamente.

—No, no me líes, llevo mucho tiempo preparándote para este momento, no puedes echarte atrás ahora. Tú naciste para esto, es tu destino desde que fuiste creado.

Miguel asintió y pude advertir que se apagaba la alegría de su mirada.

—Lo he pasado muy bien contigo. —Dijo con resignación.

—Y yo. —Admití tras una breve pausa.

La estancia se sumió en un largo y profundo silencio.

—Maestro. —Dijo de nuevo Miguel, y pude apreciar inquietud en su tono.

—¿Sí?—Inquirí con una ceja enarcada, temiendo lo que me iba a decir a continuación.

—Se me ha olvidado lo que tengo que decir. —Suspiré con desesperación al tiempo que rotaba los ojos. —Lo siento, maestro.

—No importa. Repite:

Nací de la luz.

Vivo para crear.

Porque así lo quiso el Creador,

Vivo para servirle, para serle fiel.

Juro amarle sobre todas las cosas

Y ofrecerle mis servicios hasta el final de mis días.

Aquel que incumpla este juramento será acusado de

Traidor y expulsado.

—¿Y qué venía antes de eso último?

—Miguel, me empiezas a preocupar. Venga, una vez más, tú repite conmigo y no te pongas nervioso.

—Vale.

—Nací de la luz.

—Nací de la luz.

—Vivo para crear.

—Vivo para crear.

—Porque así lo quiso el Creador.

—Porque así lo quiso el Creador.

—Vivo para servirle, para ser le fiel.

—Vivo para servirle, para ser le fiel.

—Juro amarle sobre todas las cosas y ofrecerle mis servicios hasta el final de mis días.

—Juro amarle... ¿puedes repetir maestro?

No pude evitar torcer el gesto ante su forma de dirigirse a mí, nunca me gustó aquel título.

—Luzbel, Miguel, llámame Luzbel; y más ahora, pues a partir de hoy ya no soy tu maestro, seremos compañeros, como el resto de arcángeles.

Él asintió.

—¿Crees que lo lograré?

Esbocé una amplia sonrisa.

—En ningún momento he dudado de ti.

—¿Estarás conmigo?

—Sí, pues claro.

Entonces alguien abrió la puerta.

—Luzbel, ven. —Escuché la voz de Jophiel.

Miré a Miguel.

—Vuelvo enseguida.

—Vale. "

El recuerdo terminó de forma abrupta y volví a aquella realidad invadida por la destrucción y la muerte. Desde mi posición podía escuchar a la perfección los alaridos, aunque la espesa capa de cenizas que se había levantado me impedía distinguir si provenían de un bando o del otro. Supuse que de ambos.

—Nací de la luz. —Me escuché murmurar una parte del juramento,

palabras que cayeron en un vacío.

Una nueva sacudida hizo estremecerse los muros del palacio, y sobre mi cabeza escuché cómo comenzaba a resquebrajarse el techo. No tardaría en caer, del mismo modo en que lo hizo aquel pasado glorioso en el que una vez viví.

De repente, unos pasos firmes me sacaron de mis cavilaciones. Un grupo se acercaba.

Instintivamente, alargué mi brazo para agarrar el mástil de la lanza. Fue entonces cuando vi la sangre, tanto mía como de mis rivales, adherida a mi piel junto a una espesa capa de cenizas.

Los pasos se escuchaban cada vez más cerca. Mi mano aferró con fuerza la lanza, hasta el punto de tornarse blancos los nudillos.

Era hora de acabar lo que se había empezado, y sólo podía tener un final para mí: vencer.

Capítulo 3

1. Luzbel

A lo largo de la historia se me ha conocido por muchos nombres. Belial, Padre de la mentira, Antigua serpiente, Gran dragón, Satanás, tal vez por el que más, pero, si no os importa, prefiero que se me recuerde como Lucifer en esta historia, Luzbel, como me solía llamar un antiguo amigo.

Tal vez esto suene extraño e incluso contradictorio, pero yo, como el resto de los ángeles, nací de la luz.

Recuerdo la oscuridad a mi alrededor, mirara hacia donde mirara, no veía nada, no había tierra, ni agua, ni más seres, ni siquiera más luz aparte de la que desprendía mi propio cuerpo. De repente una voz sonó en mi mente, una voz tan potente que creo que si hubiera habido algo, habría temblado seguro.

"Que se haga la luz", escuché que dijo.

Y al momento un fuerte resplandor me hizo retirar la mirada e incluso cubrirme los ojos con el brazo para protegerlos. Poco a poco, los fui abriendo para que se acostumbraran, entonces vi la luz, tan brillante, tan pura. Quedé hechizado ante tanta belleza hasta el punto de no poder apartar los ojos de ella. Me acerqué un poco más, buscando su final, pero era infinita.

Entonces una potente risa sonó de nuevo en mi cabeza. Al girarme vi a un ser mil veces más brillante que yo, sin una forma definida. Aquel ser me impresionó aún más que la luz.

"¿Qué te parece?" preguntó.

Yo me quedé en blanco un momento.

"Brillante" contesté tímidamente.

Él se rio de nuevo.

"¿Eres mi creador?" pregunté.

"Así es."

"Me gustaría saber mi nombre, y mi función, porque alguna tendré, ¿no?"

"La tienes, Luzbel, la tienes." Me quedé mirándolo en silencio, esperando una respuesta más concreta. "Debes portar mi luz." Contestó finalmente.

Yo me quedé sin saber qué decir una vez más.

"¿A dónde?"

"Al mundo que voy a crear."

□□□

Sé que la creación se narra en siete días, pero verdaderamente tardamos milenios.

El Creador me enseñó a crear luz, vida. La primera orden que recibí fue crear las estrellas, y llenar el firmamento de ellas. Así surgió lo que denominamos como noche, y cuando la luz lo invadía todo, recibió el nombre de día.

Contento con su creación, decidió continuar y llenar aquel gran vacío. De su energía surgieron planetas y galaxias enteras.

Por último, creó un lugar donde pudiéramos habitar, una gran porción de terreno que llenó de vegetación y donde construyó un gran palacio.

Sin lugar a dudas, aquello era lo más bello de la creación, pero no podíamos disfrutar de ello plenamente, yo al menos no sin una forma física; por ello, hice mi primera petición: un cuerpo.

Me detuve junto a Él, que estaba admirando su creación desde el palacio.

"¿A que es bello?" me preguntó de repente.

"Sí, desde luego." Hice una pausa. "Por ello venía a pedirnos un favor."

El Creador me miró con atención.

"¿De qué se trata?"

"Me gustaría tener una forma apropiada para poder disfrutar de una manera más plena de nuestra creación."

El Creador dirigió su mirada de nuevo hacia el paisaje que se extendía ante nosotros.

Por un momento creí que se negaría, después de todo, podría verlo como un rechazo a lo que Él había hecho, a como Él me había hecho.

"Una forma más apropiada..." murmuró en mi mente, como pensativo; luego me miró. " ¿Cómo no lo pensé antes?"

Alcé la mirada hacia Él esperanzado.

"¿Me dará un cuerpo?"

"Te lo daré, pero deberás aguardar."

Asentí con entusiasmo. En parte comprendía que había sido un trabajo muy duro, y no me extrañaría que necesitara un descanso, yo mismo lo necesitaba.

Pasé mi primera noche en el exterior, bajo uno de los árboles que habíamos creado y, cuando desperté al día siguiente, tirado junto a mí sobre la hierba descubrí una extraña figura, de gran tamaño, con largas y delgadas extremidades. Me acerqué más a él y lo examiné más detenidamente. Estaba tendido boca arriba, con los ojos cerrados y el cabello color dorado extendido sobre la hierba, al igual que las dos enormes alas blancas que salían de su espalda.

Alargué el brazo para tocarlo, pero no llegué ni a rozarlo siquiera, mi mano comenzó a hundirse en él.

La retiré sorprendido.

"Tienes que introducirte en él" dijo una voz de repente. Me volví para ver a su dueño y distinguí al Creador, " y aprender a controlarlo."

Miré el cuerpo otra vez y luego al Creador.

"¿Cómo lo hago?"

"Como lo estabas haciendo."

Miré el cuerpo inmóvil ante mí una vez más.

Me senté entre sus piernas y me dejé caer hacia atrás.

Sentí como nos hacíamos un mismo ser, como mi energía se introducía en él, dándole vida.

De repente, los pulmones de mi nuevo cuerpo se llenaron de aire por

primera vez.

□□□

Sin embargo, a pesar de la satisfacción que aquel mundo le había producido al Creador, y del agrado que le provocaba mi compañía, veía aquel espacio demasiado vacío; es por ello que decidió crear más criaturas similares a mí, criaturas que bautizó con el nombre de "ángeles".

Del mismo modo en que lo hizo conmigo, también a ellos los dotó de una forma física y nos entregó unos cristales que nos ayudarían a canalizar nuestra energía de la forma apropiada para poder mantener el cuerpo.

Conforme eran creados más y más ángeles, el palacio empezó a quedarse pequeño para todos ellos y pasaron a crear sus viviendas a los pies de este, formando poco a poco una pequeña ciudad que no dejó de crecer y crecer.

Para mayor orden, decidió agruparnos en coros y aunque el Creador me permitió elegir el grupo al que quería pertenecer, ninguno de ellos me terminaba de convencer, no me sentía identificado con ninguno de ellos. Finalmente, tras mucha meditación, opté por quedarme con los arcángeles, por ser el grupo menos numeroso. Sin embargo, el Creador siempre me mantuvo cerca de Él.

□□□

De repente, las cosas tomaron un cauce inesperado para el reducido grupo de arcángeles.

Aquella noche estaba ya listo para dormir, una acción esencial para permitir que las fuerzas de mi forma física se renovaran, cuando el Creador solicitó mi presencia y, rápidamente, acudí.

"¿Me hicisteis llamar?" pregunté.

"Acércate Luzbel."

Obedecí de inmediato. Sólo entonces me percaté de que los otros seis arcángeles también estaban allí.

"Os voy a encomendar otra tarea." Anunció, y yo escuché con atención sus palabras. "Tengo un proyecto entre manos y os voy a necesitar. Voy a crear un mundo y, para ello, necesito que se acondicionen los planetas. A vosotros os corresponderá un sistema cercano, consistente en ocho planetas."

De ese modo, el planeta al que denominó Mer- Akhol fue entregado a Zadquiel, el primero de los arcángeles y que, a pesar de su juventud, ya se había labrado un sólido camino hacia el Creador y asegurado un puesto en la corte gracias a su gran capacidad para imponer justicia. Niptek fue entregado a Gabriel, el segundo de los arcángeles, un auténtico maestro de la música y gran confidente, que había logrado un puesto entre los mensajeros del Creador. A Chamuel le entregaron Mar'Okhul, con la confianza de que lo transformaría en un lugar apacible; Venidhik cayó en las sabias manos del joven Jophiel; I'upter en las de Rafael, joven pero sensato, pacífico y con grandes cualidades sanadoras. Shär' Otus le correspondió a Uriel, el más joven de los arcángeles, impetuoso y alegre, pero tan imprevisible como las llamas que aún pugnaba por dominar.

Y a mí se me entregó Ter'Khes, de entre todos, el que más había llamado la atención del Creador.

Tras el reparto, me retiré de nuevo a mi habitación y volví a intentar descansar.

Cuando el amanecer regresara, tendría muchas cosas en las que pensar y que organizar.

□□□

—Ya hacía tiempo que no te veía por aquí. —Sonó de repente una voz a mis espaldas.

Era noche cerrada en el Reino cuando había vuelto de mi planeta, de modo que no me había encontrado con nadie, exceptuando a unos cuantos centinelas que ni siquiera hicieron el amago de cortarme el paso cuando vieron quién era.

Había pensado en dirigirme a la habitación que tenía asignada en el palacio, pero no pude evitar desviarme hacia una de las galerías en la que había un amplio balcón que daba a la ciudad. En absoluto silencio, me había apoyado en la balaustrada y me había dedicado a escudriñar el horizonte hasta que el sonido de la voz me hizo volverme sobresaltado.

Entre las sombras que inundaban la galería, pude distinguir la figura de un ángel. Mi reacción le arrancó una carcajada.

—¿Cómo es esto? ¿Lucifer desprevenido? —Comentó con tono jocoso. Al instante identifiqué la voz de Comael, y sus facciones suaves no tardaron en surgir de la oscuridad, iluminadas por la luz tenue y azulada de Ölheon.

De todos los ángeles, él era el único con el que había logrado establecer una relación que bien podía asemejarse a la amistad. Por lo menos no me

desagradaba su presencia, incluso se podría decir que disfrutaba hablando con él.

—Estoy cansado. —Le contesté en respuesta a sus preguntas anteriores.
—He estado muy ocupado. Ter'Khes se va a llevar su tiempo.

—No lo pongo en duda. —Coincidió al tiempo que se acercaba y apoyaba el codo derecho sobre la balaustrada.

Al inclinarse levemente hacia ese lado, su cabello color castaño cayó en cascada sobre la barandilla. Los chispeantes ojos azules de Comael se clavaron en la ciudad.

—Jamás pensé que diría esto, pero he echado de menos tu mal genio.
—Me dijo, esbozando una sonrisa burlona.

Reí entre dientes.

—Sí, yo también he llegado a añorar tus comentarios sarcásticos.

El ángel estalló de nuevo en carcajadas.

—Me alegra verte de nuevo. —Confirmó.

Asentí con la cabeza y nos sumimos en un profundo silencio que se prolongó durante un buen rato hasta que Comael lo rompió otra vez.

—Es preciosa. —Dijo señalando con un gesto del mentón la ciudad que se extendía en los alrededores del palacio.

Yo clavé también la mirada en las resplandecientes viviendas de color blanco azulado y asentí con un cabeceo.

—Lo es. —Coincidí.

—Sí. —De repente el gesto de Comael se ensombreció. —No permitiré que pongan un pie en ella. —Masculló.

Lo miré sorprendido.

—¿De qué hablas?

El otro me dirigió una mirada recriminadora.

—Dime que no hablas en serio, no llevas tanto tiempo fuera del Reino. Una partida de exploradores encontró la base de los rebeldes en Ur' Khäil. Cuando Ękhor despunte anunciando el alba, partiré con veinte legiones hacia allí. —El silencio se hizo de nuevo entre nosotros y su mirada se

perdió de nuevo en la ciudad, recreándose en su estructura, en cada vivienda, cada calle, como si quisiera grabarla a fuego en su mente. Sentí que la piel se me erizaba al ver su mirada. —No permitiré que pongan un pie en ella. —Repitió, reafirmando al tiempo que una suave ráfaga de viento agitaba su cabellera. —No. Tendrán que acabar conmigo antes. —La determinación brilló en sus ojos con fuerza.

□□□

Ēlkhor resplandecía con fuera aquella mañana, reflejándose en la armadura de Comael y arrancando destellos de esta y de la gran espada que le colgaba del cinto. Me miró con una amplia sonrisa.

—Nos vemos para celebrara la victoria.—Luego su expresión se tornó a una burlona. — Bueno, puede ser que a ti no te invite, a menos, claro está, que mejores tu mal genio.

Reí entre dientes.

—Ya veré lo que puedo hacer.

El ángel estalló en carcajadas antes de estrecharme con fuerza entre sus fuertes brazos.

—Nos vemos. —Dijo al tiempo que se separaba de mí.

—Que la gloria del Creador te acompañe.

—Y que guíe mis pasos.

Asentí.

—Mucha suerte.

Dicho aquello, Comael terminó de organizar a sus ángeles y alzaron el vuelo. Permanecí en la puerta principal del palacio hasta que los perdí por completo de vista.

□□□

El sonido del gran cuerno retumbaba hasta en la última pared del palacio, haciendo que vibraran por la intensidad del sonido.

—¡A las mazmorras! —Gritaba al alborotado y numeroso grupo de ángeles jóvenes que se arremolinaba en torno a mí. —¡Rápido! ¡Abajo!

Una mano se aferró a mi brazo y me obligó a volverme. Al hacerlo, me

encontré de frente con Uriel.

—¿Qué está pasando? —Me preguntó.

—El ejército de los rebeldes se dirige hacia aquí, pronto estarán a las mismas puertas de la ciudad. ¡No te demores! Ve con el resto.

El joven arcángel obedeció y se marchó con los demás.

—Lucifer. —Escuché de repente. Al volverme distinguí a Quelnoriel, el segundo dirigente por debajo de Comael. —Acaban de llegar a sector sur de la ciudad, no tardarán en ocuparlo. Tenemos tres legiones apostadas allí, pero no sé cuánto podremos aguantar, necesitamos refuerzos.

Mis dedos se aferraron con fuerza al mástil de la lanza.

—Izrael, Okthabel, enviad vuestras legiones por el sector este; Thördothiel, İcciel, las vuestras por el oeste. Quelnoriel, voy contigo. Los acorralaremos en el sur. No pasaran de allí.

En apenas unos instantes, el sector bajo de la ciudad se sumió en un caos absoluto. Una batalla de hermanos contra hermanos.

Al finalizar el día, gran parte del reino quedó teñida por el rojo de la sangre.

Capítulo 4

2. El octavo arcángel

La sangre todavía manchaba mis armas cuando llegué a las inmediaciones de Ur'Khäil. Atravesé la atmósfera sin problemas, acompañado por una pequeña porción del ejército, compuesta principalmente por exploradores.

Aterrizamos sobre el suelo arenoso y contemplé la superficie plagada de suaves ondulaciones que formaban pequeñas montañas de arena color celeste. Rachas de viento removían con fuerza mi cabellera dorada y arrastraban consigo parte de la arena.

Mis ojos escudriñaron con detenimiento el lugar, un desolador desierto que se extendía hacia el horizonte. Torcí levemente los labios.

Entonces escuché unos pasos aproximándose hacia mi posición. Al volverme descubrí a uno de los exploradores.

—¿Por dónde empezamos a buscar, mi señor?

—Que tu grupo recorra la zona este, Iriel, el tuyo que vaya hacia el oeste; y el tuyo, Ömhael, que se dirija hacia el norte. Tenemos que dar con ellos cuanto antes.

Los tres ángeles asintieron y comenzaron a dispersarse en las direcciones indicadas.

Mi mirada se dirigió de nuevo hacia el amplio horizonte que se extendía al sur, el camino que debía recorrer. Tras un leve suspiro, desplegué las alas y alcé el vuelo. No tardé en descubrir que no era conveniente volar demasiado alto, pues las rachas de viento eran mucho más fuertes conforme ascendía, de modo que me mantuve cerca de la superficie arenosa, atento a cualquier detalle.

No fue hasta después de una larga y exhaustiva búsqueda cuando algo llamó mi atención. Se trataba de un pequeño punto brillante en lo alto de una duna.

Rápidamente, descendí y me posé junto al objeto que producía aquel brillo. Cuando mi mano removió un poco la arena y lo recogí para observarlo mejor, descubrí que se trataba de un cristal azul, el cristal de

Comael.

Acababa de encontrar a la porción del ejército destinada en Ur'Khäil.



La pérdida de Comael me distanció todavía más del Reino. Al poco de ver desvanecerse su forma física durante una ceremonia, regresé a Ter'Khes. En cierto modo, consideraba que la tosca belleza del planeta a medio crear, con su eterna tranquilidad, constituía un escenario mucho más acorde con mi estado de ánimo en aquellos tiempos que la fría elegancia y el bullicio de la ciudad y la corte del palacio.

En Ter'Khes me volqué completamente en la creación del nuevo mundo. El planeta me sirvió de refugio en aquella dura etapa que jamás pensé que viviría y, poco a poco, empecé a sentirme más unido a él que a mi lugar de origen. Con el tiempo, empecé a pisar el Reino tan solo cuando el Creador me hacía llamar.

Dicho día, llegó Jophiel al planeta para entregarme un mensaje. Ocurrió al poco de que me instalara oficialmente en Ter'Khes. El arcángel de ojos dorados se posó en el lugar donde trabajaba junto al grupo de ángeles que se me había asignado para que me ayudaran en la tarea de habilitar el planeta y se acercó a mí.

—Lucifer. —Escuché que pronunciaba con toda la solemnidad que le permitía su voz aún juvenil.

Lo miré brevemente antes de volver a centrarme en la tarea que me traía entre manos.

—¿Qué quieres, Jophiel? —pregunté con escaso interés.

—El Creador desea hablar contigo. —Me comunicó.

Al instante, todo mi desinterés inicial desapareció y presté plena atención a lo que el arcángel tenía que decirme.

Pero parecía que aquello era todo lo que se le había comunicado. Jophiel se dedicó a indicarme con un gesto que lo acompañara.

Entramos al Reino por la puerta principal, que nos obligaba a atravesar la ciudad. Sus calles estaban tan abarrotadas como siempre, con cada ángel centrado en su actividad, lo que la llenaba de vida.

—No puedes decirme que no echas de menos la vida de la ciudad. —Me

dijo de repente Jophiel con tono animado.

Lo miré durante un breve instante, con gesto serio pero con una ceja alzada.

—Sí que puedo. —Repliqué. —Me gusta la tranquilidad de Ter'Khes. No echo para nada de menos este bullicio.

Los delgados labios de Jophiel se torcieron en una sonrisa burlona que le dio cierto aire travieso a sus rasgos habitualmente dulces y serenos.

—Siempre has resultado un enigma para mí. —Dijo, pero no le contesté.

Por fin llegamos a la entrada del palacio, donde nos posamos.

—A partir de aquí puedo continuar solo. —Le dije al otro con un tono más cortante de lo que hubiera querido.

Jophiel no replicó, de hecho, no dijo nada durante un breve intervalo de tiempo.

—Como quieras. —Contestó por fin en apenas un murmullo.

Cuando llegué a la sala donde siempre nos recibía el Creador para las audiencias, lo encontré junto a un escritorio, repleto de pergaminos extendidos en los que tenía la mirada clavada.

Al escuchar las grandes puertas cerrarse a mi espalda, levantó la cabeza y las cuencas luminosas que le hacían las veces de ojos se posaron en mí.

"Luzbel, por fin te dignas a aparecer" me transmitió con tono jovial.

Y no tuve más remedio que admitir la gran verdad presente en sus palabras. Llevaba mucho tiempo fuera.

Con un tímida sonrisa, me acerqué hasta donde Él estaba y me arrodillé con reverencia al tiempo que extendía las palmas de mis manos en su dirección a modo de saludo. No tardé en sentir el roce de su energía en estas, una sensación similar al cosquilleo producido por un calambre. El saludo había sido correspondido.

"¿Deseabais verme?"

"Ven". Me transmitió, y se encaminó hacia el escritorio.

Mientras me alzaba y me dirigía hacia la silla que me correspondía como invitado, vi cómo la forma inmaterial del Creador cambiaba hasta tornarse sólida poco a poco. En unos instantes, ya no tenía ante mí una gran

silueta fantasmagórica y difusa, sino un ángel de carne y hueso como yo, de largo cabello plateado, ojos luminosos y porte elegante que acentuaban los tres pares de alas que sobresalían de su espalda. En su piel pálida todavía brillaban los motivos que señalaban el reciente empleo de su energía.

Era rara la vez que el Creador adoptaba su forma material; sin embargo, a pesar de que hacía ya mucho tiempo que había dejado de incomodarme su forma original y la gran diferencia de tamaño que esta marcaba entre nosotros, lo cierto es que me sentía más cómodo tratando con su forma física.

"Tengo un pequeño trabajo para ti, como arcángel de mi confianza." Me comunicó en el mismo instante en que tomaba asiento frente a mí.

Lo miré con incontenible curiosidad.

"¿De qué se trata?"

La mirada del Creador se detuvo un instante en los pergaminos desenrollados ante Él. Sólo entonces me percaté de que eran mapas.

"Este es el plano del planeta Ur'Khäil". Me dijo, mostrándome el que tenía más cerca.

Me fijé en que todavía llevaba marcadas las posiciones donde se suponía que estaba la base de los rebeldes y las tácticas llevadas a cabo por Comael.

Sentí que un nudo comenzaba a formarse en mi garganta.

"Sí". Fue toda mi respuesta.

El Creador se demoró un poco más en la contemplación del plato.

"En vista de lo que sucedió, no puedo permitir que el planeta continúe desierto. Puesto que ese sistema os pertenece a los arcángeles, he decidido nombrar a un octavo. Escogeré a uno de entre todos los ángeles y tú, Luzbel, te encargarás de educarlo y guiarlo en su larga trayectoria. Te acompañará a Ter' Khes, donde trabajará contigo como uno más de tu legión y le enseñarás todo lo que necesita saber para llegar a arcángel." El Creador hizo una breve pausa y me miró intensamente. "¿Puedo confiar en ti para este cometido?" Preguntó.

Mi ceño se frunció ante aquella pregunta, señal de que me había escocado aquel pequeño ápice de duda en mis capacidades.

"Por supuesto." Dije rotundamente. "¿Cuándo lo conoceré?"

En las suaves facciones del avatar del Creador se formó una sonrisa de satisfacción ante mi respuesta.

"Pronto. Te tendré al corriente de todo." Su sonrisa se amplió. "No esperaba menos de ti." Mientras decía esto, los motivos de un blanco brillante volvieron a cubrir su piel, y un aura luminosa envolvió su cuerpo. "Ahora puedes retirarte."

Asentí y, tras dirigirle una reverencia, abandoné la sala, el palacio y el Reino para regresar a Ter'Khes.

Tal y como me había prometido el Creador, no tardé en conocer el nombre del ángel escogido.

Capítulo 5

3. Miguel (parte 1)

Las instrucciones habían sido claras. Por órdenes del Creador, había sido seleccionado para formar parte de la legión de Ter'khes durante mi formación para alcanzar el rango de arcángel.

Aprovechando uno de los regresos de las legiones destinadas a los distintos planetas —especialmente escasos en esta legión en particular —, había decidido encontrarme con el arcángel que la comandaba y exponerle mi caso. Lo único que sabía de él, era que se llamaba Luzbel, que el color que señalaba a su legión era el rojo y algún que otro relato de la boca de los ángeles de la ciudad. A pesar de mi corta edad, ya lo había convertido en mi centro de admiración; de modo que cuando se me comunicó que aprendería de él, no cabía en mí de la felicidad.

De hecho, tal vez se debiera a dicha ilusión que todavía no hubiera dado con la legión. Justo mientras pensaba esto, me di cuenta de que mi mente había comenzado a divagar otra vez, distrayéndome de mi propósito.

Me detuve y sacudí la cabeza enérgicamente.

—Concéntrate. —Me reprendí. Y justo en el momento en que levanté de nuevo la cabeza y fijé los ojos en el frente, vi ante mí a la tan buscada legión. —No me lo puedo creer, si he pasado como tres veces por aquí. —Protesté por lo bajo. Aunque de inmediato displacé aquel pensamiento; la había encontrado después de todo y eso era lo que contaba, ¿no?

Empujado por la gran decisión que fluía en mi interior, empecé a caminar en aquella dirección.

Conforme me aproximaba, me percaté de que se trataba de un grupo considerable, todos ataviados con túnicas rojas sobre las que se ceñían unos petos de cuero, de tonalidad dorada. Frente al grupo, caminando de un lado a otro mientras les daba la información acerca de lo que debían hacer, distinguí a un ángel altísimo, de cabello color castaño claro y cuya túnica estaba decorada por un manto rojo que cubría un peto similar al de sus compañeros. Supuse que sería el famoso Luzbel.

Sin darme cuenta, aceleré el paso, deseando llegar, como si temiera que de un momento a otro se fueran a esfumar de nuevo.

—¿Ha quedado claro? —escuché que preguntaba Luzbel en el mismo

instante en que yo llegaba.

Todos respondieron de forma afirmativa excepto yo.

—No. —Dije tímidamente para mí entre todas las voces.

—¿Quién ha dicho que no? —Preguntó a la vez que se volvía hacia nosotros con gesto enérgico y el ceño fruncido, señal de su enojo.

Sentí que las piernas empezaban a temblarme de inmediato ante la perspectiva de enfrentarme al cabreo de Luzbel. Me escondí detrás de los demás ángeles, pero entonces se apartaron y me vi cara a cara con el enfadado arcángel. Miré a ambos lados y llegué a la conclusión de que no iba a recibir ayuda de nadie, pues todos me miraban como si fuera una molestia.

—Yo. —Admití con voz temblorosa.

Ante mi sorpresa, el gesto del arcángel se relajó. Miró a los otros ángeles, otra vez con la expresión severa que presentaba mientras daba las instrucciones.

—Id a Ter'Khes. —Ordenó.

Los ángeles le obedecieron de inmediato, dejándonos solos. Luzbel avanzó hacia mí y, sin poder evitarlo, me encogí ligeramente temiendo algún tipo de reprimenda por mi interrupción.

—Tú debes de ser el nuevo. —Oí que decía. Poco a poco, volví a alzar la mirada en su dirección, en aquella ocasión hasta fijarla en su rostro. Cuando lo hice, cuando mis ojos se posaron en los suyos, negros y brillantes, sentí que me invadía una extraña sensación, como si ya conociera a aquel ángel de antes. ¿Era posible que nos hubiéramos cruzado en alguna ocasión? —Miguel, ¿verdad? —Continuó.

El sonido de su voz me sacó de mis pensamientos y asentí.

—Luzbel, supongo.

El ángel me brindó una amplia sonrisa abierta.

—Supones bien. Te envía el Creador, ¿no es así?

—Sí. Me ha ordenado que permanezca con la legión de Ter'khes durante mi aprendizaje. —Titubeé un poco antes de formular mi siguiente pregunta. —¿Es verdad que serás tú quien me va a preparar para convertirme en arcángel? —Inquirí, ocultando a duras penas la gran

emoción que me invadía ante aquel hecho.

El otro asintió con un breve cabeceo.

—En principio, ese es mi cometido. Vamos, deberíamos ir a Ter'Khes. El resto de la legión debe de haber llegado ya. —Me apresuró al tiempo que se ponía en marcha.

Yo no perdí un instante en seguirlo, mas, aún así, me costaba seguir el paso ágil y rápido de Luzbel.

No tardamos en llegar hasta un precipicio. Entonces vi que dos inmensas alas se desplegaban a su espalda; doblaban perfectamente la altura del ángel y cuando las agitó para alzar el vuelo, una gran nube de polvo se levantó tras ellas.

Al ser consciente de lo que se proponía, traté de detenerlo.

—¡Espera, no..! —Pero era demasiado tarde, Luzbel ya había saltado al vacío que se extendía bajo aquel precipicio y se alejaba a gran velocidad.

Llegué hasta el borde del precipicio y me detuve justo en el lugar en el que había estado Luzbel unos instantes antes. Me incliné un poco sobre este para asomarme y descubrir una gran masa negra, sin un final aparente a simple vista.

Sentí que un terror súbito ascendía desde lo más hondo de mi cuerpo y me hizo alejarme del precipicio.

—Supongo que tendré que esperara a que vuelva para decirle que aún no sé volar. —Me dije.

No tardé en llegar al lugar en el que esperaba la legión, el lugar en el que habíamos estado trabajando estos últimos días.

Me posé junto al grupo, que me observaba expectante, aguardando las órdenes.

Los miré brevemente.

—Ya sabéis el protocolo. —Les recordé.

El salto desde el Reino del Creador hasta Ter'Khes era peligroso, pues había que atravesar lo que conocíamos como "El vacío", uno de los pocos resquicios que quedaban de lo que fue el Universo antes de la llegada del Creador y donde era especialmente sencillo quedar atrapado, muchas

veces sin posibilidad de salir. Era una destrucción lenta y dolorosa de la cual no había regreso. Era esta la razón por la que me empeñaba en contar a los ángeles del grupo cada vez que la atravesábamos, si alguno había quedado rezagado, era esencial actuar cuanto antes.

—...Ciento noventa y ocho, ciento noventa y nueve, doscientos y... —Y ahí me quedé.

Estoy seguro de que me desapareció hasta el color del manto a causa de la impresión.

—Estamos todos. —Afirmó con alivio Ethaquiél, uno de los ángeles principales de la legión.

—No, de eso nada. —Repliqué. —Hoy tendríamos que ser doscientos uno. Otra vez, a vuestras posiciones. —Ordené. Volví a contarlos de nuevo, pero el resultado no varió. —Doscientos. ¡Esto no puede ser! —Exclamé llevándome las manos a la cabeza. Los miré a todos uno por uno. —Miguel. —Dije para mí.

—Tal vez se quedara en el Reino del Creador por error. —Propuso uno de los ángeles.

—Eso espero. Empezad vosotros, voy a buscarlo. —Dije mientras desplegaba las alas y alzaba el vuelo una vez más.

Empecé a caminar sin rumbo fijo por la ciudad, observando las constantes idas y venidas de distintas legiones.

En más de una ocasión se me ocurrió pedirle a alguna que me llevara a Ter'Khes, pero verlos tan ocupados con sus tareas me hizo desechar aquella idea por completo.

Sin duda, el día empezaba bien.

En cuanto llegué al Reino, empecé a buscarlo por todos los rincones.

—¡Miguel! —Lo llamaba, pero no aparecía. En mi interior, empezaba a aflorar el temor porque hubiera quedado atrapado en "El vacío" al intentar seguirme. Sin poder evitarlo, tragué saliva con fuerza, presa del nerviosismo. —Aparece, por favor. —Murmuré para mí.

Mi comportamiento pareció llamar la atención del joven Uriel, que se acercó hasta donde yo me encontraba.

—¿Qué te pasa? —Me preguntó.

Yo apenas le dirigí una breve mirada.

—Nada.—Contesté casi sin prestarle atención.

Sin embargo, aquello no convenció al arcángel, que comenzó a seguirme y a analizar con más detenimiento mis movimientos.

—Pues yo diría que has perdido algo o a alguien. —Aventuró.

—No he perdido nada. —Contesté con un medio gruñido. El silencio se hizo entre nosotros, y pasó un breve intervalo de tiempo antes de que decidiera volverme hacia Uriel. —¿Has visto a un ángel de este tamaño más o menos? —Acabé preguntando a la vez que disponía una mano a la altura de mi vientre. —Cabello plateado, ojos turquesas... se llama Miguel.

Uriel alzó una ceja a la vez que esbozaba una sonrisa ladeada que le aportó un cariz burlón a su expresión, acentuado por sus centelleantes ojos ambarinos, que me observaban divertidos.

—¿Lo has perdido? —Inquirió.

—No, no lo he perdido. —Contesté al tiempo que rotaba los ojos. —Sólo lo he enviado a que buscara una cosa aquí... —Justo entonces lo vi aparecer. El alivio que sentí fue inmenso, si el Creador se llegaba a enterrar de que había perdido al futuro arcángel en mi primer día como su mentor, se me caía hasta la última pluma. — De hecho, mira, allí está. —Le dije a Uriel, e instantáneamente alcé el vuelo para interceptar el camino del otro.

En cuanto me posé ante él, el pequeño ángel dio un respingo a causa de la sorpresa.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Por qué te has quedado? —Inquirí, ocultando a duras penas mi molestia.

El ángel continuaba observándome con los ojos descomunalmente abiertos mientras tartamudeaba alguna explicación, que yo estaba ansioso por escuchar.

—Yo... yo... tengo un problema...

—¿Cuál? —Inquirí mordaz.

Miguel pareció vacilar un instante.

—Yo... no sé volar.

Aquella revelación sí que me dejó completamente fuera de lugar, siendo incapaz de disimularlo, mi rostro pasó a mostrar extrañeza.

—¿Eh?

Vi cómo el otro se encogía ligeramente.

—Nadie me ha enseñado todavía.

Al escuchar aquello, mi mirada se demoró por primera vez en él. Ciertamente era un ángel de muy corta edad.

—Lo siento. —Dijo tras un prolongado silencio.

Sacudí la cabeza en una negación.

—¿Por qué no me lo has dicho?

El joven ángel empezó a titubear de nuevo.

—No quería enfadarte... o entorpecer.

Alcé una ceja en un gesto sarcástico.

—Peor es lo que has hecho, ¿no crees? Por un momento había creído que podrías haber caído en "El Vacío". —Lo escudriñé con mirada atenta. —Por fortuna no ha sido ese el caso. A partir de ahora, recuerda que puedes contarme lo que sea. Se puede hablar conmigo, ¿sabes?

—Bueno... —Escuché de repente la voz de Uriel a mi espalda, mostrando cierta duda ante mi afirmación.

Me volví hacia el otro arcángel con gesto molesto.

—¿Qué quieres decir con eso? —Inquirí.

—Pues que la facilidad existente para dialogar contigo de la que hablas es... relativa, por decir algo.

De nuevo, alcé una ceja al escuchar aquello, esta vez con sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—Se nota que tienes bastante carácter. —Intervino Miguel tímidamente, lo que hizo que ambos nos volviéramos en su dirección.

Uriel hizo un gesto con el que indicaba que le daba la razón. Yo, por mi parte, fruncí el entrecejo.

—Mucho carácter, ya veo. Bueno, dejemos de perder el tiempo. —Me acerqué a Miguel. —Vamos a Ter'Khes, los otros nos están esperando. —El pequeño ángel se situó a mi lado. —Será mejor que te agarres fuerte o esta vez sí que caerás al vacío. —Le advertí, y pronto sentí los endebles dedos de Miguel aferrándose a mí con toda la fuerza con la que estaban dotados. —¿Estás listo? —Le pregunté, a lo que el otro contestó con un asentimiento de la cabeza. —Pues vamos.

Y sin más alcé el vuelo, dejando el Reino del Creador atrás.

Capítulo 6

3. Miguel (parte 2)

Pronto estuvimos atravesando la atmósfera del planeta y dirigiéndonos al sitio en el que estaba trabajando ahora mi legión.

Cuando descendimos, me alegró comprobar que los ángeles ya se habían puesto manos a la obra.

Me disponía a acercarme más a ellos cuando me acordé del niño que aún tenía aferrado a mí. Lo miré con cierta molestia.

—Ya estamos, puedes soltarme. —Le dije; y me fijé en que Miguel abría primero un ojo, pues los había mantenido cerrados durante todo el trayecto casi con tanta fuerza como con la que estaba agarrado, y después el otro para escudriñar con detenimiento el entorno.

—¿Esto es Ter'Khes? —Preguntó, y pude apreciar una mezcla de sorpresa y decepción en su tono.

—Sí, bueno, más o menos. Todavía está en proceso.

—Ya veo.

—Es cierto que aún no hay mucho si lo comparamos con el Reino, pero teniendo en cuenta que cuando llegamos no había ni suelo...

—Entonces sí ha habido un gran avance. —Concedió demostrando entusiasmo a la vez que me dedicaba una sonrisa.

Yo me dediqué a enarcar una ceja, pero no dije nada.

Por fin logré que se soltara, pero en cuanto lo hizo, cayó de bruces al suelo. Levantó la mirada y me observó con confusión.

—¿Y esto por qué? —Preguntó.

Me encogí de hombros con indiferencia, restándole importancia al asunto.

—Siempre ocurre la primera vez. —Él se levantó hasta quedar sentado en el suelo. —Pero eso no significa que te quedes aquí sentado. Vamos, tengo muchas cosas que enseñarte.

Miguel extendió su brazo hacia mí. Yo roté los ojos con exasperación antes de cogerlo y tirar de él.

—Tengo trabajo contigo. —Dije con un bufido.

Lo primero que me propuse fue enseñarle a caminar por la superficie del nuevo planeta, y sabía que para ello iba a necesitar el máximo de lo que menos tenía: paciencia.

Con el propósito de no ser molestado —y que la tarea de los otros ángeles no se viera interrumpida—, me llevé a Miguel a un lugar apartado, una explanada que casi no habíamos trabajado todavía.

—Esto va a llevar tiempo. —Le advertí al joven ángel, que se aferraba con fuerza a mis manos. —La gravedad aquí no es igual a la que hay en el Reino.

Miguel me miró.

—¿Todos empiezan así?

—Todos. —Le aseguré.

Aunque no muy convencido, el ángel se levantó de nuevo y continuó.

El día resultó ser menos fructuoso de lo que ya de por sí había imaginado. Miguel no lograba dar ni dos pasos manteniendo el equilibrio a la vez.

Una de las veces que lo ayudé a incorporarse, sentí que aflojaba su agarre en mis manos.

—Voy a intentarlo yo solo. —Me dijo de repente.

Lo miré dubitativo.

—¿Estás seguro?— Pregunté sin poder ocultar mi inseguridad ante aquella idea —y mis motivos tenía teniendo en cuenta las experiencias anteriores—.

Sin embargo, él me sonrió y asintió, mostrando una seguridad absoluta en sí mismo.

Finalmente cedía a soltarlo y me alejé un poco. Miguel llevó a cabo su intento mas, tal y como había supuesto, apenas logró dar tres pasos antes de volver a caer de rodillas al suelo.

Me acerqué a él.

—No puedo. —Protestó.

—¿De verdad? Yo no lo creo. Tal vez no lo estés intentando con auténticas ganas.— Lo zaherí.

El ángel frunció el entrecejo, visiblemente molesto.

—Lo estoy intentando. Lo hago lo mejor que puedo. —Replicó.

—¿Sí? Pues no es eso lo que veo. —Repuse de mal humor. Hubo un breve e incómodo silencio. —Necesito que te concentres. No puedo malgastar mi

tiempo con esto, hay mucho que hacer aquí.

Pude apreciar en la mirada de Miguel que mis palabras habían hecho efecto. Durante apenas un instante, un ápice de enojo brilló en sus ojos turquesas.

—Entonces deja de perder el tiempo. Ve a realizar tu trabajo. Ya seguiré practicando por mi cuenta. —Pronunció con firmeza, mucha más de la que hubiera esperado en ángel de tan corta edad.

Me dediqué a observarlo en silencio con la sorpresa por su afirmación aún reflejada en mi rostro, siendo incapaz de disimular mi creciente enfado.

—¿Disculpa? —Pregunté con un tono tan gélido que, normalmente, hubiera amedrentado a cualquier ángel, pero no fue aquel el caso.

Para mi mayor asombro, el joven clavó sus ojos directamente en los míos, y con voz calmada, repitió lo que había dicho sin un atisbo de duda.

—Puedes ir a hacer tu trabajo con los demás ángeles. Tienes que ayudar con la creación.

—Y enseñarte. —Rebatí.

—Estaré bien solo. —Dijo, y me dio la espalda, dándome a entender que no iba a continuar con la discusión.

Tardé un poco en responder, aún contrariado por su modo de dirigirse a

mí.

—Bien, como quieras. —Concedí finalmente con un bufido antes de alzar el vuelo y dejarlo allí solo.

Volví la mirada justo a tiempo para ver cómo Luzbel desaparecía en la distancia.

La verdad es que la presencia del arcángel no me ayudaba demasiado a concentrarme, y menos todavía su mal humor.

Para mi pesar, tuve que admitir que ser discípulo de Luzbel no era tan maravilloso como había imaginado en un principio.

Cuando la tarde cayó y decidí que era suficiente por hoy; me dirigí de nuevo al lugar en el que había dejado a Miguel.

Mientras volaba hacia allí, inconscientemente me preparaba reprenderlo

por su fracaso y por hacerme perder un día más a causa de su terquedad.

Cuán grande resultó mi sorpresa cuando, totalmente al contrario de lo que hubiera esperado, vi al joven ángel acercarse caminando hasta el lugar en el que me había detenido. Ante aquella escena, me vi obligado a sepultar mis pensamientos anteriores en lo más profundo de mi mente.

—Lo has conseguido. —Comenté, tratando por todos los medios no mostrar emoción alguna.

—Mi trabajo me ha costado. —Fue su seca respuesta.

Cuando lo observé detenidamente, me percaté de los numerosos rasguños que presentaba. Me dediqué a asentir en silencio, dándole la razón pero sin pronunciar ningún comentario al respecto.

Miguel tampoco dijo nada más, simplemente hizo el amago de continuar su camino; aunque pude apreciar cierta decepción en su mirada cuando pasó por mi lado.

Un asentimiento y silencio. Eso fue todo lo que recibí.

Sin poder evitar sentirme algo decepcionado al respecto, hice el amago de continuar mi camino, pasando junto a Luzbel, pero sin dedicarle ni una

sola mirada, como si no estuviera.

Para mi sorpresa, justo cuando estaba a su altura, me detuvo con un agarre firme y me hizo volverme ligeramente hacia él. Su mirada no se había ablandado un ápice, y ya estaba esperando otra reprimenda por mi comportamiento cuando de sus labios empezaron a salir palabras que no tenían nada que ver con eso.

—Vamos a pasar mucho tiempo juntos. Creo que será mejor que nos llevemos bien. —Hizo una breve pausa. —Buen trabajo. —Dijo finalmente.

Permanecí un instante en silencio sopesando sus palabras, y llegué a la conclusión de que iba a ser lo más cercano a una disculpa que iba a recibir de él; de modo que la acepté con un asentimiento.

—Tienes razón. —Coincidí. —Y gracias.

Luzbel se volvió entonces hacia mí. En aquella ocasión me pareció ver algo menos de dureza en sus ojos.

—Vamos con los otros, ya deben de haberlo dispuesto todo.

No pude contener la sorpresa en mi mirada.

—¿Con los otros? ¿Como uno más?

Luzbel se encogió de hombros.

—Eres uno más, ¿no? —Inquirió a la vez que se encaminaba hacia el lugar.

Efectivamente, cuando llegamos, los otros ángeles ya habían dispuesto algunos troncos alrededor de una hoguera y hablaban de sus experiencias del día. En cuanto nos vieron llegar, nos invitaron a sentarnos junto a ellos.

Luzbel y yo compartimos asiento con ellos, aunque ninguno participamos en la conversación, al menos no activamente; yo porque no tenía todavía la suficiente confianza con ninguno, y Luzbel... realmente no sabía decir por qué no participaba. Parecía estar ausente, mas seguía el hilo de la conversación y respondía cuando le preguntaban, incluso simulaba el mismo entusiasmo de los demás. Pero pronto volvía a su estado original.

Poco a poco, los ángeles comenzaron a retirarse hasta que nos quedamos los dos solos.

De la hoguera quedaba ya poco más que ascuas y el frío comenzaba a hacerse notar en el ambiente. No pude evitar encogerme ante este e incluso me acerqué un poco más a Luzbel —quien parecía no inmutarse ante la brisa helada a pesar de que su piel estaba erizada— en busca de algo de calor.

Desde que se habían marchado los demás ángeles, todo había quedado sumido en el más absoluto de los silencios.

—¿Por qué estás tan enfadado? —Le pregunté de repente, rompiendo el silencio.

El arcángel me observó con cierto desconcierto, como si hubiera olvidado

por completo que me encontraba allí.

—No estoy enfadado. —Repuso.

—Pues lo pareces. —Insistí. Ante el silencio del otro, proseguí. —No soy lo que esperabas, ¿verdad?

En aquella ocasión sí conseguí que me mirara.

—¿Eh?

—Esperabas otra cosa de mí, ¿me equivoco?

El otro se encogió de hombros.

—Esperaba... no sé, un ángel más experimentado, la verdad. Es decir, sabía que tendría que enseñarte cosas, pero no esperaba que tuviera que enseñártelo todo.

—Entiendo. Pero bueno, aprendo rápido. —Repuse a la vez que me encogía de hombros y esbozaba una tímida sonrisa conciliadora.

Luzbel, por su parte, hizo una mueca que tal vez podría considerarse otra sonrisa.

—Eso te salva.

Y aunque no lo dijo con reproche, supe que era verdad.

—¿Por eso estás de tan mal humor?

Luzbel me miró con una ceja enarcada, mostrando su sorpresa ante mi pregunta.

—Si no estoy de mal humor. —Replicó. —Y no, lo tuyo tampoco sería un motivo.

—¿Entonces?

El otro no contesto enseguida. Sus ojos se posaron en las ascuas que quedaban, a punto de extinguirse.

—Tal vez algún día te lo diga, pero no por ahora. —Ante aquella respuesta, decidí no seguir preguntando. —Deberíamos ir a descansar nosotros también —, propuso—, mañana nos espera un día duro.

Sin más, Luzbel se levantó y empezó a caminar hacia la profunda oscuridad que proporcionaba un conjunto de espesa vegetación. Al escuchar que yo también me levantaba e iba tras él, me miró.

—¿A dónde vas? —Preguntó.

Titubeé un poco antes de contestar.

—Pues... contigo. Las instrucciones eran que no me separara de ti.

—Que no te separaras, no que te convirtieras en mi sombra. —Realicé un pronunciado encogimiento de hombros a modo de respuesta. —Haz lo que quieras. —Acabó concediendo finalmente.

De modo que lo seguí hasta una zona apartada aunque cerca de donde estaban los demás ángeles. Una vez que encontró el sitio idóneo, se tendió sin más y se cubrió con las alas.

Y allí me quedé, echando un vistazo al panorama hasta que opté por imitarlo. La parte de tumbarse fue sencilla, pero cubrirme con las alas se convirtió en otra historia. Puesto que no tenía aún demasiada coordinación con ellas, no tuve modo de cubrirme. Tras varias vueltas, finalmente cesé en el intento y acabé por tenderme sin más.

Fue en aquel momento cuando me di cuenta de que Luzbel me observaba con una ceja enarcada.

Le sonreí tímidamente.

—¿Llevas mucho tiempo observando?

—El suficiente para preguntarme si necesitas ayuda.

—No, está todo controlado. —Dije mientras daba un par de vueltas más. Pero, viendo que no conseguía nada, acabé por tenderme en el suelo otra vez. —Hasta mañana. —Dije.

Entonces oí que se levantaba y se acercaba. Al instante, sentí algo pesado pero cálido cubriéndome. Al observarlo, vi que se trataba de una de las enormes alas de Luzbel. Lo miré entonces a él con una mezcla de sorpresa y agradecimiento.

—Gracias.

El arcángel me brindó una sonrisa burlona.

—No te acostumbres, hoy estoy de buen humor. — Me advirtió. A lo que respondí con una sonrisa a la vez que asentía. Luzbel dirigió su mirada entonces a mis alas, plegadas a mi espalda y torció ligeramente los labios. —Tendremos que hacer algo con esas alas, y pronto.

Yo le sonreí de nuevo.

—Eso creo.

Capítulo 7

4. Más allá de Ther -Khes

Definitivamente, podía afirmar que convivir con Luzbel no resultó ser una experiencia tan maravillosa como creí en un principio.

Tras los relatos y el famoso y admirado guerrero se ocultaba una personalidad difícil, diría que del todo imprevisible. Nunca sabía de qué humor estaría cuando le tocaba enseñarme algo, especialmente las numerosas ocasiones en las que partía a otros planetas acompañado por una gran porción de su legión.

A su vuelta, nunca hablaba del lugar al que había ido, jamás contaba anécdotas, pero siempre regresaba con magulladuras y heridas. Unas veces traía consigo júbilo y buen humor; en otras ocasiones, por el contrario, podía sentir un profundo malestar irradiando de él.

-Me alegra estar de vuelta. -Comentó de repente una noche mientras se terminaba de limpiar un profundo corte en el antebrazo con mi ayuda.

Me dediqué a observarlo con sorpresa, pero no dije nada, temiendo que dejara de hablar o peor aún, que se enfadara otra vez. Sin embargo; su mirada no expresaba ira ni rabia, tan solo una mezcla de tristeza y alivio.

-He echado de menos esta tranquilidad. -Continuó antes de volver a centrarse en su herida.

Vacilé un instante antes de formular la pregunta que me rondaba la mente desde hacía un rato.

-¿Qué hay ahí fuera? -Le pregunté por fin, con apenas un hilo de voz.

Luzbel me miró intrigado.

-¿Fuera de Ther-Khes, dices? -Asentí con un cabeceo. Luzbel no respondió enseguida. -Hasta donde yo sé, problemas.

-¿Qué tipo de problemas? -Inquirí, ahora con curiosidad.

Luzbel vaciló un instante antes de contestar.

-No los entenderías. -Me dijo por fin. Y, dando por hecho que se refería a mi corta edad, tal vez a mi situación de ángel novicio o incluso que sería su forma de decirme que no le merecía la pena gastar su tiempo en tratar de explicármelos; lo dejé estar y no insistí. No obstante; el arcángel continuó hablando. -A veces no los entiendo ni yo, y llevo siglos combatiéndolos. -Dijo para mi sorpresa, lo que me hizo mirarlo fijamente.

En sus ojos pude percibir un gran desconcierto. Un denso silencio se hizo de repente.

-Hoy he matado a un niño. -Dijo, con una voz tan débil que casi pareció un susurro. -Sería poco mayor que tú. No quería hacerlo, pero hubiera matado a un compañero. -Sacudió la cabeza e inspiró con fuerza. - Supongo que ya no importa; está hecho.

Aquel incómodo silencio de antes volvió a invadirlo todo.

Podía sentir la culpabilidad en Luzbel. A decir verdad, tras haber escuchado el relato, ya no me extrañaba lo más mínimo su perpetuo mal humor.

-Tal vez no te sirva de mucho -, empecé a decir-, pero yo hubiera hecho lo mismo si viera que alguno de nosotros corre peligro. Bueno, a decir verdad, lo más seguro es que dudara, y eso tal vez supondría un terrible error que nos costaría caro... Lo que quiero decir es que sé que no has matado sin razón.

El otro me miró y me brindó una tenue sonrisa de agradecimiento.

-Pero eso no quita que lo haya matado.

Me encogí de hombros.

-Hubiera habido un muerto de todos modos.

Luzbel asintió.

-Supongo que tienes razón. -Respondió con voz ausente.

Aquella respuesta hizo que lo mirara con un profundo asombro. Luzbel acababa de darme la razón en algo.

El otro me miró entonces extrañado a la vez que arqueaba una ceja.

-¿Y esa cara?

Sacudí levemente la cabeza para terminar de dejar atrás la sorpresa y contestarle.

-Me has dado la razón. -Dije, aún sin creerlo.

-Ah, sí. -El arcángel se encogió de hombros con indiferencia. -Pero no te acostumbres. -Me advirtió.

Sí, aquello me cuadraba más.

Fue entonces cuando una inquietante pregunta pasó por mi mente.

-Luzbel... -El otro me miró de nuevo. -¿por qué lo has matado exactamente? ¿Por qué ese ángel quería matar a uno de tus compañeros?

El arcángel me examinó en silencio durante un instante. Sus ojos negros brillaban gracias al reflejo de la luna.

-No quieres esa información. -Fue toda su respuesta.

Un par de días después, Luzbel volvió a partir con una gran porción de su legión. Para mi sorpresa, en aquella ocasión se detuvo para despedirse de mí.

Aquella fue la primera vez que Luzbel se decidió a compartir una de sus experiencias fuera de Ther -Khes; pero no fue la última. Desde aquella noche, se convirtió en algo usual que nos quedáramos hablando un rato. Luzbel empezó a hablarme de otros mundos, otros planetas, del Reino del Creador; y yo lo escuchaba atentamente.

Desde entonces, cada vez que ellos se alejaban en el cielo, yo me quedaba mirando las nubes, pensando en los relatos de Luzbel, y me preguntaba, ¿qué habría más allá de Ter -Khes? ¿Cómo sería ver el mundo descrito por Luzbel con mis propios ojos?

Esperaba descubrirlo pronto.